

rios porque juegan con trampa, intentan llevar el agua a su propio molino, un reducto donde, una vez hemos aceptado esas verdades generales, poco queda por decir, por desvelar, salvo una marcada tendencia, otra vez, a intentar amargar a sus coetáneos con frases rotundas de este jaez: «La literatura argentina actual no conoce el fracaso porque no conoce el riesgo», frase que se puede aplicar, así, como fórmula, a cualquier literatura del mundo y que sirve como diagnóstico de unos síntomas pero nada más. El libro posee un valor gestual, y en esto es importante,

pero no aclara, en definitiva, el propósito de la cosa, a no ser la provocación, el crear polémica, algo que se consigue de manera hartamente fácil, basta pergeñar dos listas con nombres de famosos escritores argentinos. La revelación del arte se produce en los momentos más insospechados y si bien *Rayuela*, por seguir con el ejemplo que nos propone el autor, era una obra armada sólo con las connotaciones culturales de su tiempo, ¿podría afirmarse lo mismo de algunos cuentos de Cortázar, de algunas páginas de Sábato, de Pizarnik? Dejémoslo aquí. □

## Afortunados quienes hacen lo que quieren

Martín Gómez



**STET [VALE LO TACHADO]**  
**Diana Athill**  
 Traducción de Miguel Martínez-Lage  
 Trama  
 Madrid, 2010

Diana Athill empieza *Stet* haciéndole al lector una aclaración con respecto a la naturaleza del libro que está comenzando a leer: se trata de los recuerdos de una ex editora que quiere compartir algunas de las experiencias que almacena en su cabeza para evitar que con su muerte éstas desaparezcan definitivamente y no de una sesuda historia de la edición en Gran Bretaña durante la segunda mitad del siglo XX, hecha a partir de cifras obtenidas mediante un riguroso trabajo de exploración de archivos y de su memoria. Athill deja la realización de estudios historiográficos y técnicos en manos de los buenos investigadores y se reserva para sí la composición de un relato en tono menor conformado por algunos recuerdos de su experiencia y por las reflexiones que éstos le suscitan al mirar hacia atrás años después.

Su casi total falta de voluntad para hacer cosas que no quisiera y su disposición a darse por satisfecha con su suerte, son dos rasgos contradictorios de la personalidad de Athill que parecen haber marcado su vida como editora. Aunque desde un principio Athill manifiesta tener «una marcada propensión a la pereza» y una incapacidad de ocuparse de «muchas de las [cosas] que un editor tiene que hacer», en su relato aparece haciéndose cargo de anuncios

publicitarios para la prensa, rehuendo los desayunos de trabajo, haciendo todo lo posible por no trabajar en casa los fines de semana, bajando la cabeza una y otra vez ante las frecuentes demostraciones del poder absoluto y despótico de su socio y jefe André, escogiendo la habitación más pequeña de la nueva sede de la editorial André Deutsch Limited en Carlisle Street para evitar compartirla y aceptando con resignación que su salario fuera bastante más bajo que el de sus colegas hombres.

Esa persona a quien se podría tildar de egoísta, perezosa, conformista, apática y caprichosa es la misma que afirma haber tenido la fortuna de estar haciendo lo que quería mientras editaba libros y que confiesa que «la única parte del oficio que conseguí que de veras me importase fue la elección y la edición de los títulos que se publicasen». Athill desempeñó con discreción su rol de editora de mesa, que comprendía tareas como verificar el respeto de las convenciones del estilo de la casa y el uso consistente de éstas a lo largo de todo el texto, revisar la ortografía y la sintaxis, detectar imprecisiones y errores de hecho, asegurarse de que las obras mencionadas se citaran debidamente y construir agradecimientos, índices y bibliografías.

En este trabajo que iba «desde los asuntos de poca monta (una frase redactada con torpeza, cierta falta de claridad en tal pasaje) hasta la tarea de escribir casi por completo un libro», Athill dice haber tomado «por norma inviolable no excederme nunca en esta clase de pequeños ajustes: siempre había de ser la voz del autor la que se oyera, no la mía, por más que esto comportase la conservación de alguna que otra cosa que no me terminase de convencer. Por otra parte, era una regla inapelable entre todos nosotros que no se introdujera un cambio de ninguna clase sin la pertinente aprobación del autor. Estos dos puntos eran para mí las reglas elementales del juego».

Esta forma de relacionarse con los textos y los autores es una declaración de principios que parte de dos máximas: 1) el editor es una comadróna que se ocupa de ayudar a dar a luz a los hijos de otros; 2) sólo aportando simpatía imaginativa a la hora de trabajar con los autores puede el editor ser útil a éstos y a su editorial.

A través del relato de sus experiencias como editora, Athill cuenta en detalle su proceso de formación en el oficio al que se dedicó durante cerca de cincuenta años, las razones que motivaron la creación de la editorial André Deutsch, los grandes momentos en la historia de ésta —sus primeros tiempos, su ascenso y su decadencia— y, en términos más generales, la evolución del clima tanto de la industria como del mercado editorial de Gran Bretaña. Entre los hechos que llaman particularmente la atención en la carrera de Athill como editora se destacan la publicación de algunos títulos de la editorial Allan Wingate —*How to Be an Alien*, de George Mikes; *The Reader's Digest Omnibus*; y *Los desnudos y los muertos*, de Norman Mailer—, su experiencia editando libros de

cocina y los intentos de ofrecerle al catálogo literario de André Deutsch Limited el apoyo de «títulos menos glamourosos» mediante la incorporación de elementos como el sello Grafton Books y la serie The Language Library.

Athill ofrece un testimonio con respecto al ocaso de la editorial André Deutsch que arroja algunas claves para explicar al menos en parte el momento actual de la edición en nuestro medio. Dice Athill que «la defunción de nuestra editorial, un lento proceso, vino provocada por la combinación de dos cosas: la disminución del número de personas deseosas de leer la mayor parte de los libros que publicábamos y la recesión económica». Al parecer, en la Inglaterra de principios de los años 80 quedaba poco del entusiasmo de esos primeros días de Allan Wingate a finales de 1945, cuando «el público lector estaba después de la guerra famélico, hambriento de libros, y eran tan escasas las formas alternativas de ocio que a un editor prácticamente se le podía presentar cualquier cosa (en nuestro caso, casi nada) sin que uno pareciese un tonto de remate».

Está claro que la entrada en crisis de un proyecto cultural no se le puede achacar sólo a las dificultades económicas de coyunturas puntuales como la de principios de los años 80 o la actual y que su origen también debe buscarse en su capacidad de identificar sus públicos, de salir a su encuentro y de conectar con éstos.

*Stet* es un libro en el que para sentirse menos muerta Diana Athill comparte con el lector no sólo un buen número de fascinantes anécdotas deliciosamente contadas, sino también una serie de reflexiones valiosísimas con respecto a su manera de encarar el oficio de editora y las distintas etapas de una vida consagrada a su ejercicio. □